

La danza del almacenero

Como un personaje cortaziano de barrio, que siempre vuelve a los mismos discos y a las mismas páginas de un libro, mi amigo volvía con regularidad franciscana a las páginas 95 y 96 de *L'Être et Néant*, la conocida obra de Jean-Paul Sartre (véase apéndice). Menos por su interés filosófico —mi amigo fue pintor— era la dimensión fenoménica, ordinaria y cotidiana, de esos párrafos de Sartre aquello que le interesaba. Si el libro de Sartre es notorio, estos párrafos lo son más aun: es la referencia al comportamiento del camarero en un bar (“garçon”) como ejemplo ilustrativo de aquello que Sartre indica como “mauvais foi” (mala consciencia, mala fe). Sartre describe con naturalismo y detalle las idas-venidas, los gestos y los sobreentendidos, con los que opera el camarero.

Y, sin embargo, como sostenía mi amigo, aun cuando el pasaje ha sido citado y comentado en innumerables ocasiones, las derivaciones que el mismo posibilita son raramente exploradas. Eso era justamente aquello en lo cual mi amigo estuvo interesado desde los años sesenta. En esta propuesta expansión de la interpretación inicial del pasaje de *L'Être et Néant* ya no se habla entonces sólo de un “garçon de café”, sino de algo más genérico. La explicación de Sartre se refería al hecho que el camarero acentúa su rol (“se la joue”) de manera consciente a partir de la enfatización de los detalles (gestos guiños, etc.), a partir de una circulación, a partir de un recorrido. Y a este comportamiento, expresado en términos sociales, Sartre lo llama “mala fe” (“mauvais foi”), es decir, al hecho de obtener resultados, beneficios, a partir de una *puesta en escena*. Más aun, Sartre postula que este comportamiento se explica a partir de una angustia frente a la libertad de elección, libertad que no se quiere, que se oculta, que se oblitera.

En la traducción castellana de Aurora Bernárdez de la obra de Sartre (Buenos Aires: Losada, 1950), cuando éste dice que hay otros roles sociales en que se desarrollan comportamientos similares al del camarero (p. 96), uno de ellos es indicado como “la danza del almacenero” (“danse de l'épicier du tailleur”) —traducción que mi amigo tomó como

título perfecto para su preferencia casi fanática, y a partir del cual indicaba su interés práctico en el asunto. “La danza del almacenero” es ese recorrido, esa circulación física, simbólica e imaginaria, por la cual se introduce una actividad que posee un valor, una valorización —de manera tal que dicho valor no llega a ser tal, no *significa* lo mismo, si la “danza” se suprime.

Algunos analistas al comentar la “mauvais foi” interpretan el escrito de Sartre diciendo que el “garçon de café fait tout ce qu’il peut pour ressembler au garçon de café, il joue le rôle du garçon de café, faisant semblant d’être ce qu’il est. Par tout son être, il choisit d’être garçon de café. Il choisit d’être une chose plutôt que de révéler l’*écart*, le néant. C’est la mauvaise foi.”. El problema con esta interpretación, como señalaba en una época mi amigo, comienza si postulamos, como de hecho sucede en la actualidad, que el “garçon de café” *es* el comportamiento del “garçon de café” y que no puede ser otra cosa que esta “danza” o, mejor dicho, que su función y él son la misma cosa. Si así fuese, decía entonces mi amigo, la “mauvais fois” es una parte inevitable no sólo de nuestro comportamiento, sino también de nuestra percepción e incluso de nuestra educación.

Cuando Sartre sostiene que “le garçon de café joue avec sa condition pour la réaliser” (p. 95), esta confirmando este aspecto: el “juego” es el rol, el juego *es* el camarero, no hay mediación posible entre un supuesto camarero concreto y otro ideal, en estado de futura realización. Cuando se piensa que todo individuo juega un rol a partir del cual constituye una identidad narrativa, entonces el planteo que alguien (“je”) puede ser diferente siendo funcionalmente camarero (“moi”) sin serlo, carece de sentido. Sartre no se equivoca cuando habla de la *preparación* del camarero (abrir el bar, calentar la máquina, organizar las mesas, etc.) pero, a diferencia de su interpretación, no es que sea *otro* camarero, sino el mismo en funcionamiento diverso. Ésta, en resumidas cuentas, es la *actualización* de Sartre que hacía mi amigo: el sentido actual de colectividad no puede no basarse que sobre la “mauvais fois”. De la misma manera que no hay cultura occidental sin capitalismo y finanzas, sostenía mi amigo ya a fines de los años sesenta, no puede haber concepción individuo sin contratos y comercio. Ser individuo es ejercer como comerciante:

leur condition est toute de cérémonie, le public réclame d'eux qu'ils la réalisent comme une cérémonie, il y a la danse de l'épicier du tailleur, du commissaire priseur, par quoi ils s'efforcent de persuader à leur clientèle qu'ils ne sont rien d'autre qu'un épicier, qu'un commissaire-priseur, qu'un tailleur. (p. 95)

Por eso Sartre sostiene, refiriéndose al camarero, que “Il est une « représentation » pour les autres et pour moi-même, cela signifie que je ne puis l’être qu’*en représentation*.” (p.

95). Sin embargo, entre el “comercio” sartreano y la constitución de una subjetividad no hay separación posible: no hay “representación” de algo pues ese algo *no existe* de manera autónoma. De hecho mi amigo quería pintar cuadros que ilustrasen ese *algo* cotidiano, lo cual él indicaba como la *búsqueda del ninguneo*. Toda función social, todo ejercicio colectivo es un “jouer a l’ être” (p. 95). O, dicho con más precisión, desde una perspectiva espacial, no es posible tener dos mundos: “mon « être-dans-le-monde » avec un « être-au-milieu-du-monde ».” (p. 96). No hay un afuera: el *milieu* y el *monde* son la misma cosa tomados en perspectivas diversas, en dos momentos diferentes, pero con una continuidad de cuerpos y objetos.

El camarero no tiene otra conciencia que la del camarero. Pensar, como Sartre, sostenía mi amigo, “qu’il exist un écart entre ce que je suis et ce que j’ai à être”, es convertir el camarero en un “prototipo kantiano” —tal como le llamaba entre nosotros. Es verdad que el camarero “juega a ser” pero justamente porque ser es “jugar a ser”, no hay otro formato, otro modo, otra razón. La *nada* que Sartre veía se hallaba en la separación entre el “je suis” y el “être”, se hallaba en realidad, en la interpretación actualizada, en que el medio ambiente del camarero *es* el medio ambiente, la atmósfera del camarero en cuanto individuo *per se*. Y la imaginación es en realidad este negocio con la nada y conmigo mismo. Desde esta perspectiva el “m’imaginer que je le suis” significa justamente la nada, el grado cero.

En 1967 mi amigo, que conocía a Sartre personalmente, arrancó las páginas 95 y 96, que corresponden a la ubicación del párrafo acerca del camarero, de una edición original de 1943 que poseía, se las hizo firmar por Sartre, las enmarcó y las colgó en una pared de su estudio de pintor. A partir de entonces el camarero se convirtió en el argumento recurrente y cotidiano entre nosotros. Era una manera, un método, de también hablar de otras cosas, de establecer argumentos sobre otras cosas. El camarero fue así una especie de modelo antropológico, de paradigma etnográfico.

Cuarenta años más tarde aquello que aun resta interesante es que la “danza del almacenero” se ha generalizado a todos los dominios. Los sentimientos, el trabajo, la educación, etc.: en todos los dominios se desarrolla una “danza del almacenero” como parte de la fundación de dicho dominio, sentimiento, trabajo, etc. Y, no obstante, Sartre continúa siendo vigente en el hecho de que en algún modo consideraba ya en 1943 *inútil* —obsoleto diríamos hoy— el ejercicio de la “danza” donde la misma es/ha sido identificada. Pero, como indicaba mi amigo, el problema insoluble permanece porque no hay posibilidad de escindir

esta “danza” de la identidad que llamamos “je/moi”. La utilidad racional se detiene frente a la necesidad sentimental, a los requisitos de autoestima. Mi amigo dejó escrito un libro que tal vez sea una respuesta periférica a esta situación actual, se titula *Discurso de la miseria voluntaria*.

Bruselas, junio 2, 2010.

Apéndice. El texto de Sartre

» Considérons ce garçon de café. Il a le geste vif et appuyé, un peu trop précis, un peu trop rapide, il vient vers les consommateurs d'un pas un peu trop vif, il s'incline avec un peu trop d'empressement, sa voix, ses yeux expriment un intérêt un peu trop plein de sollicitude pour la commande du client, enfin le voilà qui revient, en essayant d'imiter dans sa démarche la rigueur inflexible d'on ne sait quel automate tout en portant son plateau avec une sorte de témérité de funambule, en le mettant dans un équilibre perpétuellement instable et perpétuellement rompu, qu'il rétablit perpétuellement d'un mouvement léger du bras et de la main.

» Toute sa conduite nous semble un jeu. Il s'applique à enchaîner ses mouvements comme s'ils étaient des mécanismes se commandant les uns les autres, sa mimique et sa voix même semblent des mécanismes; il se donne la prestesse et la rapidité impitoyable des choses. Il joue, il s'amuse. Mais à quoi donc joue-t-il? Il ne faut pas l'observer longtemps pour s'en rendre compte : il joue à être garçon de café. Il n'y a rien là qui puisse nous surprendre : le jeu est une sorte de repérage et d'investigation. L'enfant joue avec son corps pour l'explorer, pour en dresser l'inventaire; le garçon de café joue avec sa condition pour la réaliser.

» Cette obligation ne diffère pas de celle qui s'impose à tous les commerçants : leur condition est toute de cérémonie, le public réclame d'eux qu'ils la réalisent comme une cérémonie, il y a la danse de l'épicier du tailleur, du commissaire priseur, par quoi ils s'efforcent de persuader à leur clientèle qu'ils ne sont rien d'autre qu'un épicier, qu'un commissaire-priseur, qu'un tailleur. Un épicier qui rêve est offensant pour l'acheteur, parce qu'il n'est plus tout à fait un épicier. La politesse exige qu'il se contienne dans sa fonction d'épicier, comme le soldat au garde-à-vous se fait chose-soldat avec un regard direct mais qui ne voit point, qui n'est plus fait pour voir, puisque c'est le règlement et non l'intérêt du moment qui détermine le point qu'il doit fixer (le regard "fixé à dix pas").

» Voilà bien des précautions pour emprisonner l'homme dans ce qu'il est. Comme si nous

vivions dans la crainte perpétuelle qu'il n'y échappe, qu'il ne déborde et n'élude tout à coup sa condition. Mais c'est que, parallèlement, du dedans le garçon de café ne peut être immédiatement garçon de café, au sens où cet encrier est encrier, où le verre est verre. Ce n'est point qu'il ne puisse former des jugements réflexifs ou des concepts sur sa condition. Il sait bien ce qu'elle "signifie" : l'obligation de se lever à cinq heures, de balayer le sol du débit, avant l'ouverture des salles, de mettre le percolateur en train, etc.

» Il connaît les droits qu'elle comporte : le droit au pourboire, les droits syndicaux, etc. Mais tous ces concepts, tous ces jugements renvoient au transcendant. Il s'agit de possibilités abstraites, de droits et de devoirs conférés à un "sujet de droit". Et c'est précisément ce sujet que j'ai à être et que je ne suis point. Ce n'est pas que je ne veuille pas l'être ni qu'il soit un autre. Mais plutôt il n'y a pas de commune mesure entre son être et le mien. Il est une "représentation" pour les autres et pour moi-même, cela signifie que je ne puis l'être qu'en représentation.

» Mais précisément si je me le représente, je ne le suis point, j'en suis séparé, comme l'objet du sujet, séparé par rien, mais ce rien m'isole de lui, je ne puis l'être, je ne puis que jouer à l'être, c'est-à-dire m'imaginer que je le suis. Et, par là même, je l'affecte de néant. J'ai beau accomplir les fonctions de garçon decafé, je ne puis l'être que sur le mode neutralisé, comme l'acteur est Hamlet, en faisant mécaniquement les gestes typiques de mon état et en me visant comme garçon de café imaginaire à travers ces gestes... Ce que je tente de réaliser c'est un être-en-soi du garçon de café, comme s'il n'était pas justement en mon pouvoir de conférer leur valeur et leur urgence à mes devoirs d'état, comme s'il n'était pas de mon libre choix de me lever chaque matin à cinq heures ou de rester au lit quitte à me faire renvoyer.»

Jean Paul SARTRE,

L'Être et Néant (Paris: Gallimard, 1976, coll. Tel, pp. 95-96).